

La Palabra de vida

INTRODUCCION.

Esta carta es conocida como la Primera Epístola de Juan. Pero, ¿es una epístola? Por cierto que comienza de una manera singular, ya que le faltan el nombre del escritor, alguna referencia acerca de sus destinatarios y los saludos habituales en una carta.

El escritor conoce íntimamente a los lectores. Repetidamente se dirige a ellos llamándolos “queridos hijos” (2:1, 12, 18; 3:7, 18; 4:4; 5:21), “queridos amigos” (2:7; 3:2, 21; 4:1, 7, 11), y “hermanos míos” (3:13).

El indica, además, que pertenece a la comunidad a la que escribe (2:19). Se trata de una persona con autoridad que habla como testigo presencial—alguien que ha oído y visto al Señor Jesucristo

I. La Palabra de vida era desde el principio (1Juan 1:1).

- A. La primera palabra en esta epístola es ‘lo’, en vez de ‘el que’. En vez de decir: ‘Jesucristo, el que era desde el principio’, Juan escribe: “Lo que era desde el principio”. El término *lo* es más amplio que la palabra *el que*, ya que incluye tanto la persona como el mensaje de Jesucristo.
 1. Este término se refiere a la revelación de Dios, a saber, ese evangelio que, dice Juan, “proclamamos acerca de la Palabra de vida”
 2. Las primeras palabras de esta epístola traen ecos de la oración inicial del Evangelio según San Juan: “En el principio era la Palabra (1:1), y de la frase con que comienza el Antiguo Testamento: “En el principio” (Gn. 1:1).
 3. Sin embargo, Juan escribe “desde el principio”, no “en el principio” (véase 2:7, 13, 14, 24; 3:8, 11).
 4. En la cláusula “lo que era desde el principio”, Juan no se refiere a la proclamación de que Jesús vino en la carne, sino a aquella revelación divina—manifestada en la historia y registrada en el Antiguo Testamento—que enseña la existencia eterna del Hijo de Dios. El mensaje que se proclama es que Jesús, que “estableció su morada entre nosotros” (Jn. 1:14), es eterno. Juan especifica esto y procede a informar a los lectores acerca del mensaje que él ha oído.
- B. “Lo que hemos oído”. Juan había oído personalmente las palabras que salieron de los labios de Jesús. Él era uno de los doce discípulos que acompañaron al Señor desde el tiempo del bautismo de Jesús hasta su ascensión (Hch. 1:21–22). Él había recibido instrucción acerca de las doctrinas que tenían que ver con las obras y palabras de Dios, desde el principio de la creación hasta llegar a la historia de la redención en Jesucristo. De allí que Juan hable de la capacitación que él y sus compañeros apóstoles recibieron de Jesús. Reformula las palabras que Pedro y él dijieran ante el Sanedrín: “Porque no podemos dejar de hablar acerca de lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20).

- C. “Lo que hemos visto con nuestros ojos”. Juan pasa ahora de la instrucción espiritual que recibiera a quien fuera su instructor, Jesús, y centra su atención en él. Juan está diciendo: “Nosotros, los apóstoles, somos testigos presenciales; no sólo hemos oído la voz de Jesús, sino que también le hemos visto con nuestros ojos”. En cierto sentido, estas palabras son redundantes. Pero Juan enfatiza que los apóstoles vieron físicamente a Jesús. Es decir, ellos no estuvieron ante una aparición cuya voz oyeron, pero cuyo cuerpo no podían ver. Jesús tenía un cuerpo físico, ya que dice “lo hemos visto con nuestros ojos”.
- D. “Lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado”. Juan recurre a otro verbo para expresar el hecho de ver a Jesús; él dice: “lo hemos contemplado”. Juan informa expresamente a los lectores que empleó tres de sus sentidos corporales para comprobar la presencia del Señor. Oyó, su voz, lo vio con sus ojos y lo tocó con sus manos. Las palabras *y nuestras manos han tocado* traen memorias de la aparición de Jesús en el día de la resurrección cuando, en el aposento alto, él invitó a los Once y a los que estaban con ellos a tocarle y a ver por sí mismos que él tenía un cuerpo físico. “Un espíritu no tiene carne y huesos, como vosotros veis que yo tengo”, dijo Jesús (Lc. 24:39; consúltese también Jn. 20:20, 25, 27). Juan está enseñando la doctrina apostólica de la resurrección de Jesús. Él habla como testigo presencial, puesto que mediante sus sentidos naturales él y los que estaban con él oyeron, vieron y tocaron personalmente a Jesús, y pueden declarar que el cuerpo físico resucitado del Señor es real.
- E. “Esto es lo que proclamamos acerca de la Palabra de vida”. La versión que utilizamos ha añadido las palabras esto es lo que proclamamos para resumir y completar la oración. Juan aporta estas palabras en el contexto inmediato. ¿Cuál es el significado de la frase la Palabra de vida? En primer lugar, es equivalente al “lo” de la primera parte del versículo, o sea al mensaje de Jesucristo. Y además, este mensaje es esa Palabra que se ha hecho carne, tal como lo escribe Juan en el prólogo de su Evangelio (1:14). El término Palabra es uno de los nombres que Juan usa para describir a Jesucristo (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1; Ap. 19:13). Jesús, que es llamado “la Palabra”, declara las palabras de Dios con absoluta autoridad. Él revela la voluntad de Dios y “da testimonio [al hombre] de lo que él ha visto y oído” (Jn. 3:22) en presencia de Dios. Además, Jesús no sólo revela el mensaje de vida; él también es poseedor de vida (Jn. 1:4; 11:25; 14:6) y la comparte con todos los que escuchan su Palabra con fe. Él es el dador de vida.

I. La Palabra de vida se manifestó.

- A. Representa a Jesucristo, tal como lo demuestra Juan por medio de la cláusula “que estaba con el Padre”. Las palabras con el Padre no sólo implican que el Hijo está ante la presencia del Padre; la preposición con en el griego original también tiene el significado radical de cerca de o estar frente a. Entonces la vida, personificada en el Hijo, está cerca del Padre o frente al mismo (véase Jn. 1:1).
- B. Juan escribe que “la vida se manifestó” y que “la vida eterna ... se nos manifestó”. Juan se refiere a la realidad histórica del nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús, y a sus apariciones personales posteriores a dicha resurrección. Durante el primer siglo, los cristianos expresaban la realidad de las apariciones de Jesús cuando cantaban el himno:

El apareció en un cuerpo

fue vindicado por el Espíritu,
fue visto por los ángeles,
fue predicado entre las naciones,
fue creído en el mundo,
fue recibido arriba en gloria—

1 Timoteo 3:16

Una vez más, Juan enfatiza que él y los que estaban con él han visto a Jesús. Lo vieron primeramente en carne humana y, después de su resurrección, en cuerpo glorificado. Como testigos de la victoria de Jesús sobre la muerte, los apóstoles dan testimonio de la vida muerte, resurrección y ascensión de Jesús. El verbo testificar (una palabra que Juan usa con frecuencia en sus escritos) apunta al verbo que le sigue, proclamar. Los apóstoles proclamaron la Palabra de vida. Ellos proclamaron la Palabra y la obra de Jesús.

I. La Palabra de vida es para Tener Comunión.

- A. Enfasis. Después del comentario del versículo 2, hecho como entre paréntesis, Juan retoma el pensamiento del verbo versículo y repite el verbo proclamar del segundo versículo. Juan enfatiza la proclamación del mensaje que él y los otros apóstoles habían recibido del Señor. El estructura su argumento repitiendo cláusulas del versículo uno. Pero nótese que invierte los verbos, porque dice: “Os proclamamos lo que hemos visto y oído” (bastardillas añadidas). Asimismo, esta es la tercera vez que él utiliza el verbo ver. ¿Qué está queriendo decir Juan: Al reiterar los mismos verbos, Juan parece advertir a sus lectores en contra de falsas doctrinas que niegan la naturaleza humana, el aspecto físico y la resurrección corporal de Jesús. Juan da testimonio de que él ha visto a Jesús y ha oído su voz. Juan quiere que sus lectores conozcan el núcleo del mensaje apostólico: “Jesucristo, el Hijo de Dios, ha aparecido en carne humana”. Como testigo presencial que ha visto y oído, Juan puede dar testimonio de la veracidad de este mensaje y proclamar lo que él ha visto y oído.
- B. Propósito. Juan afirma el propósito de su carta en este versículo. Dice: “Os proclamamos lo que hemos visto y oído para que también vosotros tengáis comunión con nosotros”. El declara un propósito paralelo cerca del fin de su carta: “Os escribo estas cosas a vosotros ... para que podáis saber que tenéis vida eterna” (5:13). El propósito es el de invitar a los lectores a la comunión de los apóstoles que son testigos presenciales de la vida terrenal y ministerio de Jesús. La invitación tiene dos propósitos. En primer lugar, Juan busca proteger a los lectores de ataques doctrinales de falsos maestros y fortalecerlos espiritualmente dentro de la comunión de los apóstoles y discípulos. Cuando las personas tienen verdadera comunión, comparten mutuamente sus dones, metas y bienes (comparar con Hch. 4:32–37). Los apóstoles compartían sus dones espirituales con los miembros de la iglesia. Y en segundo lugar, Juan invita a los lectores de su epístola a unirse con los testigos en la comunión que Estos tienen “con el Padre y con su Hijo, Jesucristo”.
- C. Enfoque. En la parte final del versículo tres, Juan manifiesta el enfoque de su introducción: Jesucristo, el Hijo de Dios. Este enfoque es significativo, ya que en su epístola el nombre Cristo es el título oficial de Jesús. Fuera de un solo caso (1:7), Juan siempre usa la combinación Jesucristo (en vez de los términos Jesús o Cristo) o la cláusula que Jesús es el Cristo. El quiere que sus lectores sepan que el Jesús humano es en efecto el Mesías celestial, es decir, el Cristo.
- D. Juan considera también que el nombre Hijo es significativo. En su primera epístola esta es la palabra clave. El enfatiza la confesión básica de la iglesia: “Jesús es el Hijo de Dios”. A lo

largo de su epístola él menciona la comunión del creyente con el Padre y con el Hijo (1:7), la obra redentora del Hijo (1:7, 4:10), la misión del Hijo (3:8), el testimonio de Dios acerca del Hijo (5:9), el don del Hijo en términos de vida eterna (5:11, 13) y finalmente, la venida del Hijo (5:20). Es especialmente en el capítulo 5 donde Juan explica el significado de la palabra Hijo.

CONCLUSIONES:

Hemos recibido un comentario interesante de Papias, quien cerca del año 125 d.C. fue obispo de la iglesia de Hierápolis, ciudad cercana a Laodicea y Colosas, en el Asia Menor. Se presume que él era un seguidor del apóstol Juan, de quién trató de aprender todo lo posible acerca del Señor. El escribió:

Si llegaba alguien que había seguido a los presbíteros, yo inquiría por medio de las palabras de dichos presbíteros qué habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Juan, o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor, y qué decían Aristión y el presbítero Juan, discípulos de Señor. Es que yo suponía que la información proveniente de libros no me ayudaría tanto como lo dicho por una voz viva y sobreviviente.

La generación de apóstoles y testigos oculares terminó cerca del fin del primer siglo. A todos los que han nacido después de esa época le son aplicables las palabras que Jesús le dijo a Tomás: “Benditos los que no han visto y aún así han creído” (Jn. 20:29).

No podemos ver físicamente a Jesús, sin embargo tenemos comunión con él (1 Jn. 1:3). Nos gozamos porque él siempre está cerca de nosotros y está dispuesto a escucharnos. Él es nuestro hermano (Heb. 2:11–12) y nuestro amigo (Jn. 15:14–15).

¿Cuánto conocemos a Jesús? Prestamente rechazamos la enseñanza, liberal que separa al Jesús histórico del Cristo de la fe, ya que nos atenemos a la doctrina de las Escrituras que dicen que Jesús es el Cristo.

¿Pero cuánto significa la humanidad de Cristo para nosotros hoy en día? No tenemos ninguna dificultad en aceptar el nacimiento, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús. Pero cuando pensamos acerca de la humanidad de Jesús, nos preguntamos: “¿Cuál es el significado de la misma para nosotros ahora?” Por un lado, su cuerpo humano glorificado es garantía de que nuestros cuerpos físicos también serán glorificados. Jesús “transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como su cuerpo glorioso” (Fil. 3:21). Por otro lado, dado que Jesús comparte nuestra carne y sangre, él es nuestro “misericordioso y fiel sumo sacerdote” que ha hecho “expiación por los pecados de [su] pueblo” (Heb. 2:17). Jesús nos da la bienvenida a la presencia de Dios, el Padre.